

LA MANO DE DOÑA



Por Gelves, el Guadalquivir tiene el encantamiento de la mano de doña Leonor. El río vuelve a ser hermoso, vuelve a ser madrigalesco, corriendo entre huertas de naranjos y palmeras. Hace más de cuatro siglos el divino Herrera andaba por aquí tras su condesa, la condesa de Gelves, doña Leonor de Millán. Pienso en el año 1571. En el Guadalquivir está anclada una parte de la flota vencedora en Lepanto. Fernando de Herrera y doña Leonor hablan de amores con el río a sus pies. (Por lo menos, Herrera gozó —o padeció— aquí unas oportunidades que no tuvo Petrarca con Laura. Pero tanto uno como otro pudieron decir: sic transit gloria... poetarum.)

Es Gelves un pueblo encantador. Al anochecer, con sus hogares encendidos, se asemeja al pueblo de David y Jesucristo, con tanto de Belén injerto. Decía Rodríguez Marín que Gelves parece un naci-

miento, igual a los que él contemplaba, «por Navidad, en las tiendas de juguetes de la Alcaicería sevillana».

Gelves es un pueblo inspirador de mucha literatura. El diablo Cojuelo lo tiene presente. También Mateo Alemán, que lo vincula al paraíso. Pedro Salinas, en su primer libro, cita a Gelves que, como una moza, sale a la orilla a ofrecer su corazón al río. Pero el Guadalquivir no se quiere parar, «va a su negocio y no se casa con nadie».

El río de los sueños toreros de José Lito. El río de irás y no volverás, al que se asoma el geranio y la margarita, la chumbera y el olivo. Da la sensación que Gelves quiso levantar una torre de Babel como la del cuadro de Brueghel. En la cúspide de la pirámide, en lo alto de esta especie de túmulo-templo, el cementerio pone punto final y corona de luto a la colina.

Recuerdo que hace unos veinte años, siendo yo todavía un niño, escuchaba a Aquilino Duque recitar aquello de: «Si tú vieras el río por las huertas de Gelves, sé que te gustaría».

El Guadalquivir por Gelves es como Anteo, el gigante libio cuyo vigor dependía del contacto con la madre tierra. Gelves de los naranjos, es decir, Gelves de la pureza, por lo que el naranjo simboliza.

Gelves es blanco como la mano de doña Leonor y, bajo el cielo, entre azul y esmeraldino como el color de los ojos de la musa de Herrera. Por Gelves, el Guadalquivir, traspasado por un neoplatonismo primaveral, es como un brazo —o un abrazo— de aquella rubia condesa enamorada, hermoso, secreto, prohibido, que enfría, quema y, finalmente, ahoga.

Joaquín CARO ROMERO

